

Los otros héroes de la República

Inmaculada García Guadalupe

Las heridas de una guerra civil son profundas y difíciles de cicatrizar, afirmó Lucano en su *Farsalia*. No debe asombrarnos por tanto que las secuelas de la contienda que asoló a España entre 1936 y 1939 perduren hasta nuestros días y que aún estemos conociendo la versión del bando derrotado, silenciada por décadas de represión franquista. La exhumación de cadáveres sepultados en fosas comunes, el reconocimiento a los méritos de los españoles exiliados, la concesión de la nacionalidad española a los pocos miembros sobrevivientes de las brigadas internacionales y la difusión de la labor llevada a cabo por parte de los intelectuales republicanos con objeto de salvaguardar el patrimonio artístico y cultural español son algunas de las acciones llevadas a cabo con el fin de saldar una deuda histórica y moral contraída con la otra España, aquella que fue desgajada, obligada a dispersarse o simplemente aniquilada por las tropas falangistas.

La exposición «Biblioteca en guerra», organizada por la Biblioteca Nacional de Madrid, muestra la entrega heroica de los hombres y mujeres encargados de la difícil tarea de proteger nuestro inmenso e incalculable patrimonio bibliográfico de la furia de los morteros disparados por los llamados nacionalistas contra esta institución, cuya ubicación, un antiguo palacio aislado de cualquier edificio, revela la intención deliberada por parte de los sublevados de dinamitar los cimientos de la sociedad española para atajar cualquier intento de rebeldía. El sabio es, en palabras de Horacio, libre y se gobierna a sí mismo, lo que explica que en las guerras las bibliotecas –depositarias del saber y de la identidad cultural de los pueblos– se conviertan en objetivos militares, de ahí que a lo largo de la exposición se hayan distribuido documentos, textos y fotografías alusivos a conflictos bélicos recientes para mostrar la sevicia de los invasores en bibliotecas como las de Bagdad o Sarajevo.

El reconocimiento al abnegado trabajo de Tomás Navarro Tomás –director de la Biblioteca Nacional durante la guerra civil–, a la solíci-

ta labor de María Moliner, Juan Vicéns, Teresa Andrés y Jordi Rubió –bibliotecarios encargados de llevar a cabo numerosos proyectos destinados a acercar las bibliotecas a toda la población– y a las importantísimas actuaciones llevadas a cabo por la República en el ámbito bibliotecario, dan unidad a esta exposición, nos permite conocer mejor nuestra historia reciente y rendir justo tributo a los que con su entrega permitieron preservar nuestro invaluable patrimonio cultural y a los hombres y mujeres anónimos que con su dedicación intentaron elevar en medio de las penurias de la guerra el bajo nivel cultural del pueblo español.

La II República –elegida democráticamente en 1931 y derrocada ocho años más tarde por el alzamiento militar de Francisco Franco– llevó a cabo una ingente tarea cultural por medio del Ministerio de Instrucción Pública. La fundación de bibliotecas en cárceles y hospitales, las campañas ideadas con el fin de fomentar la lectura, la creación de proyectos vanguardistas como los bibliobuses y de programas como «la hora del cuento» fueron algunos de sus logros más significativos. El gobierno republicano, convencido del papel liberador de la cultura en la vida de los pueblos, quiso facilitar su acceso a lo largo y ancho del país y para lograr este objetivo potenció la creación de bibliotecas por parte de Misiones Pedagógicas.

Las Misiones Pedagógicas surgen en 1931 bajo el auspicio de la Institución Libre de Enseñanza –entidad fundada en 1876 que defendía una educación al margen de la religión y de cualquier ideología política cuyo ideario inició una profunda renovación de la sociedad española del momento y obtuvo logros tan significativos como la creación de la Residencia de Estudiantes (1910)– por medio de un decreto –el número 202– que la II República aprueba a tan solo cincuenta días de haber instaurado su gobierno. El objetivo de la Institución Libre de Enseñanza consistía en palabras de Manuel Cossío –el sucesor de Francisco Giner de los Ríos al frente de la dirección de la Institución Libre de Enseñanza– en elevar el bajo nivel cultural del país y llevar a las poblaciones rurales la luz del conocimiento por medio de escuelas ambulantes, bibliotecas, obras teatrales, películas, música popular y clásica, conferencias sobre temas variados, etc.

Las personas encargadas de llevar a cabo estas misiones eran maestros, profesores de instituto, jóvenes escritores, artistas, médicos, peritos agrícolas, etc. Entre estos misioneros cabe citar a Rafael Dieste –director del teatro de guiñol–, María Zambrano, Luis Cernuda,